

se desarrolló una lucha a muerte entre los Adkins y los Fulbright. El clan del gobernador consiguió destituir a J. W. F. como presidente de la Universidad, en 1941, entre las protestas de los estudiantes. La lucha continuó en la arena política. Fulbright se presentó a las elecciones para el Congreso en 1942 y las ganó; cuando supo que el rival de su madre, Adkins, se presentaba para senador, Fulbright se presentó contra él y le derrotó. Esta es su simple historia política. Cuando, al llegar al Congreso, le preguntaron a qué comité quería ser afectado, Fulbright respondió que al de Asuntos Exteriores. Un puesto poco interesante. Todos los parlamentarios desean pertenecer a otros comités con influencia en la vida local y en la vida política de la nación; es la forma de hacer su carrera y, a veces, su fortuna. El de Asuntos Exteriores es poco codiciado. Desde entonces no ha vuelto a salir del Senado ni ha abandonado la política exterior. Es preciso hacer notar que el 21 de septiembre de 1943, cuando la guerra aún no había terminado, hizo adoptar lo que se llamó «Resolución Fulbright», en la que proponía que, una vez terminada la guerra, se crease una organización con poderes suficientes para conservar la paz del mundo: esa resolución sería la piedra angular para la creación de las Naciones Unidas.

Es muy fácil confundir al senador Fulbright con un político de izquierdas. No lo es. Acusado, a veces, de comunista —en la época de MacCarthy, o por la voz chillona de Goldwater—, muchas otras de ser «suave con el comunismo», la realidad es que Fulbright combate la política de vio-

lencia de los «warmongers», porque no le parece suficientemente eficaz en la lucha contra el comunismo. Su idea es que el anticomunismo extremista viola la libertad y no es un arma, por consiguiente, para defenderla. «Aquellos que creen que nuestra sociedad libre está permeabilizada por la corrupción y la subversión están de hecho asumiendo una línea que los comunistas mismos serán los primeros en aplaudir. Los radicales de la derecha, que dicen que tratan de salvar nuestra sociedad de la destrucción, realizan de ella (la sociedad) la misma pintura de

decadencia y de ineptitud que los comunistas, cuyo objetivo es el de destruir nuestra sociedad» (discurso del 21 de agosto de 1961). La misma idea de confundir a Fulbright, un rico elegido por un estado del Sur para ser senador, con un radical de la izquierda, con un extremista de la izquierda, es ya una declaración de confusión de la extrema derecha.

¿Es Fulbright un hombre de nuestro tiempo? Muchas veces se le ha discutido esta posibilidad.

Es, ciertamente, un hombre de otra época. Su miedo a las masas, su noción propia de la libertad, su adhesión a los principios de Tocqueville y a las tradiciones aristocráticas de los «padres peregrinos» hacen pensar que está irremediablemente desplazado. Pero nadie podrá negarle la rectitud de conciencia, la claridad de juicio, la negación de la aventura política. Fulbright representa en los Estados Unidos de hoy un papel de primerísima importancia: la tradición de la democracia liberal.

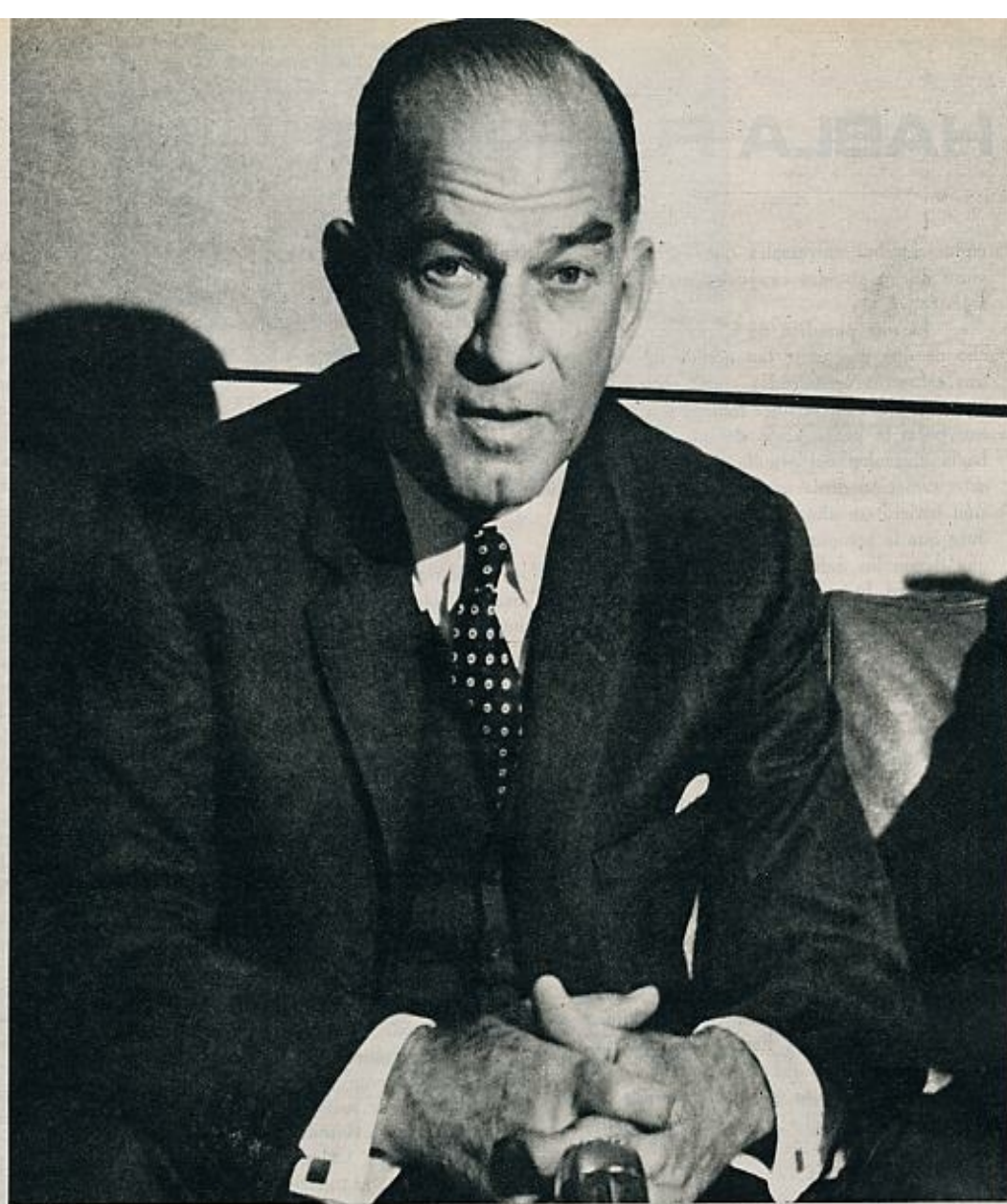
E. H. T.

HABLA FULBRIGHT

«... Después de haber hecho tanto, y con tanto éxito, Norteamérica está en ese punto histórico en el que toda gran nación corre el peligro de perder la perspectiva de qué es exactamente lo que está dentro de su competencia y de su poder, y qué es lo que está más allá de la misma. Otras grandes naciones, al llegar a este punto crítico, han pretendido demasiado y, por una superextensión de un esfuerzo, han declinado y se han derrumbado...»

«... Yo no pienso que Norteamérica, con sus instituciones de fuerte arraigo democrático, esté a punto de embarcarse en una campaña de dominio del mundo a manera de Hitler o Napoleón. Lo que temo es que se pueda ver impelida a asumir compromisos que, aunque generosos y benevolentes en prin-

SIGUE



HABLA FULBRIGHT

cipio, son tan universales que exceden incluso de las grandes capacidades de Norteamérica...».

«... Es una paradoja de la política el hecho de que una parte tan grande de nuestros esfuerzos organizados como sociedades estén dirigidos hacia fines míticos y abstractos, hacia la propagación de una ideología, hacia el realce del orgullo, el poder y la autoestimación de la nación, como si la nación tuviera un alma distinta de los individuos que la componen y como si los deseos que tienen los individuos de felicidad y de prosperidad fueran egoístas, deshonrosos e indignos de nuestros mejores esfuerzos creadores. Cuando ya se ha dicho y hecho todo, cuando las abstracciones y sutilezas de la ciencia política están exhaustas, siguen todavía sin contestar las preguntas más básicas sobre la guerra y la paz, y el porqué disputamos por los asuntos que disputamos, y por qué todavía nos preocupamos de ellos...».

«raza conquistadora»

«... Los Estados Unidos fueron a la guerra de 1898 con el propósito claro de liberar a Cuba de la tiranía española, pero a continuación, una vez ganada la guerra —una guerra que España hubiera dado cualquier cosa por evitar—, los Estados Unidos pusieron a Cuba bajo un protectorado norteamericano y, de paso, se anexionaron a las Filipinas, pues según el Presidente Mac Kinley, el Señor le había dicho que el deber de Norteamérica era "educar a los filipinos, elevarlos, civilizarlos y cristianizarlos, y darles lo mejor de nosotros con la ayuda de Dios, ya que ellos eran nuestros hermanos, por los que Cristo también había muerto...».

«No resulta interesante saber que si la voz era de Dios, las palabras eran de Teodoro Roosevelt, Henry Cabot Lodge, el almirante Mahan, "los imperialistas de 1898", que querían que Norteamérica tuviera imperio simplemente porque un país poderoso y grande como los Estados Unidos debería tener imperio».

El espíritu de los tiempos lo expresó Albert Beveridge cuando proclamó que los norteamericanos eran «una raza conquistadora». «Debemos obedecer a nuestra sangre y ocupar nuevos mercados y —si es necesario— nuevos países —dijo—, porque en el plan infinito de Dios... las civilizaciones rebasadas y las razas decadentes han de desaparecer ante las civilizaciones más altas, representadas en un tipo de hombre más noble y más viril...».

«... Al llevar consigo el poder sin la necesaria comprensión, tanto los norteamericanos como los europeos han tenido un efecto devastador sobre las áreas menos avanzadas del mundo. Sin proponérselo y sin estar conscientes de ello han hecho saltar las sociedades tradicionales, desbaratando sus frágiles economías, y han minado la confianza en sí mismos de los pueblos con el ejemplo envidioso de su propia eficiencia...».

ni una sola vez

«... A lo largo de varios años, desde que el Presidente Monroe proclamó su doctrina, los latinoamericanos han disfrutado de la tutela de Estados Unidos en responsabilidad fiscal, en seguridad colectiva y en las técnicas de la democracia. En la medida en que han fallado en cualquiera de estos campos, es lógico pensar que el fallo ha de tener que ver tanto con el maestro como con los alumnos.

«Cuando el presidente Roosevelt anunció su corolario a la doctrina Monroe en 1905, declaró solemnemente que consideraba las intervenciones futuras santificadas como una "tarea" y una "responsabilidad" y una obligación de cara a la "equidad internacional".

«Que yo sepa, ni una sola vez hasta ahora han reconocido los Estados Unidos su intervención en Latinoamérica por motivos interesados o faltos de valor —un punto de vista no necesariamente compartido por los beneficiarios—. Sea cual sea la tranquilidad que nos pueda dar la pureza de nuestros motivos, ésta tiene que verse alterada por el pensamiento de que probablemente no ha habido pueblo en toda la historia humana que interviniera en otro sin tener para ello excelentes motivos...».

«... A pesar de nuestras muy nobles intenciones, los países que han recibido nuestro tutelaje democrático por los "marines" no son particularmente democráticos. Podemos citar a Haití, que sufre una dictadura brutal y supersticiosa, la República Dominicana, en pleno torbellino, y Cuba, que, no hace falta recordarlo, ha reemplazado su tradicional dictadura de derechas por una dictadura comunista.

«Es posible, por lo tanto, a la vista de este record extraordinario de realizaciones, que haya llegado el momento de reconsiderar nuestros métodos de enseñanza. Puede ser que no estemos realmente preparados para difundir el evangelio de la democracia. Puede ser que nos fuera mejor si nos dedicáramos a concentrarnos en nuestra propia democracia en lugar de tratar de infundir nuestra visión particular de la misma en todos esos desagradecidos latinoamericanos que se oponen obstinadamente a sus benefactores del Norte en lugar de oponerse a los enemigos "de verdad", que tan gentilmente les hemos buscado...».

«Y puede ser —sólo puede ser— que si dejamos a nuestros vecinos que juzguen por sí mismos y se equivoquen por su cuenta, y limitamos nuestra asistencia a economía y tecnología en lugar de filosofía, puede que entonces empiecen a encontrar la democracia y la dignidad que les han eludido durante tiempo y tiempo, y nosotros, en cambio, empecemos a encontrar el amor y la gratitud que andamos mendigando...».

«dudo mucho»

«... En este momento estamos comprometidos en una guerra para "defender la libertad" en Vietnam del Sur. A diferencia de Corea del Sur, Vietnam del Sur posee un

ejército que no tiene éxito notable, y un Gobierno débil y dictatorial que no cuenta con la lealtad del pueblo sudvietnamita.

«Los fines oficiales de la guerra, según el Gobierno de los Estados Unidos —tal como lo entiendo yo— son los de vencer la agresión de Vietnam del Norte para demostrar la futilidad de lo que los comunistas llaman "guerra de liberación", y crear las condiciones bajo las cuales el pueblo sudvietnamita podrá determinar libremente su futuro.

«No tengo la menor duda de la sinceridad del Presidente y del vicepresidente y de los ministros de Defensa y Estado al propugnar estos fines. De lo que dudo —y dudo mucho— es de la habilidad de los Estados Unidos para conseguir estos fines con los medios que están usando».

«... Las causas de nuestras deficiencias en el Sudeste asiático no es una deficiencia de poder, sino un exceso de poder mal concebido, lo cual se resuelve en un sentimiento de impotencia cuando falla en conseguir los fines propuestos. Todavía estamos actuando como los "boys scouts", que arrastran a señoras a cruzar calles que no quieren cruzar. Estamos tratando de rehacer la sociedad vietnamita, una tarea que, ciertamente, no puede ser realizada por la fuerza, y que probablemente no va a ser conseguida por los medios que están en la mano de ningún país extranjero. Puede que el objetivo sea deseable, pero no es factible.

«Tiene razón, aunque también malicia, la comparación del príncipe Sihanouk entre la ayuda norteamericana y la china. "Notará usted la diferencia entre la manera de dar —escribe—. Por un lado estamos siendo humillados, nos están dando una lección, se nos pide que demos algo a cambio. Por el otro, no sólo queda preservada nuestra dignidad de pueblo pequeño, sino que nuestro amor propio se ve halagado, y los seres humanos tienen sus debilidades, que sería fútil tratar de arrancar».

un «viva»

«... Un norteamericano prominente acaba de declarar recientemente que los Estados Unidos son "la máquina de la humanidad" y el resto del mundo es el "tren". Un escritor político británico escribió el verano pasado lo que él llamó "Un viva para el imperialismo norteamericano". Según él, un imperio no tiene otra justificación que su existencia; no debe constreñir jamás; gasta dinero y vidas; sus compromisos no tienen ritmo ni razón. Sin embargo, de acuerdo con el autor, "el imperio norteamericano" es único por su benevolencia, por su devoción a la libertad individual y al imperio de la ley habiendo realizado tales servicios como haber sacado al autor de una cárcel yugoslava por el simple hecho de amenaza de implicar al cónsul norteamericano, un servicio que describe como "sublime".

«¡Qué romántica tontería es esto! Y qué peligrosa tontería en esta era de armas nucleares... La idea de un "imperio norteamericano" puede desecharse como la notoria



Es evidente que Fulbright, desde la presidencia del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, supone el contrapeso liberal a la política de Johnson. Se ha dicho de él que es un hombre que ya está pasado. Pero no cabe duda que su actitud es un intento de moralización de la política exterior del Gobierno de los Estados Unidos.

imaginación de un Gunga Din inglés, excepto por el hecho de que es probable que provoque un instinto de respuesta en un rincón por lo menos de la mente norteamericana, usualmente sensible y humana...».

«... Sin desanimarnos por la dificultad de la tarea, tenemos que tratar de desarrollar una nueva capacidad de acción política creadora. Tenemos que reconocer, lo primero de todo, que la causa última de la guerra y de la paz está en la naturaleza humana, que el estudio de la política, por lo tanto, es el estudio del hombre, y que si alguna vez la política llega a adquirir un nuevo carácter, el cambio no se habrá forjado en computadores, sino a través de una mejor comprensión de las necesidades y temores del individuo humano...».

ningún daño

«... Para la mayoría de los norteamericanos, China es una nación extraña, distante y peligrosa, no una sociedad compuesta por

700 millones de seres humanos, sino una especie de abstracción amenazante. Cuando los soldados chinos son descritos, por ejemplo, como "las hordas de coolies chinos", es evidente que no se les está concibiendo como gente, sino como algo terrorífico y abstracto, o como algo inanimado como la marea de lava de un volcán...».

«... Y para decirlo desde el lado de los Estados Unidos, antes de que podamos extender la mano amistosa a China con esperanzas de ser aceptados, tenemos primero que persuadirla de que respetamos su derecho a tomar o a rechazar lo que le ofrecemos, según le parezca mejor...».

«... Hay, en mi opinión, algunos pasos limitados que pueden tomar los Estados Unidos para incrementar sus relaciones con China. No nos haría ningún daño a corto plazo y quizá un gran bien a corto plazo acabar nuestra oposición a la admisión de China en las Naciones Unidas, según los acontecimientos, continuar con sugerencias positivas de cara al establecimiento de unas relaciones más normales...».

un acuerdo

«... El más difícil y peligroso de los asuntos entre China y los Estados Unidos es la confrontación de su poder en el Sudeste Asiático, asunto que, a causa de sus posibilidades explosivas, no puede dejarse a los efectos apaciguadores del tiempo. He sugerido en recientes declaraciones cómo concibo la solución de este problema, y no voy, por ello, a repetirlo esta noche: mediante un acuerdo para la neutralización de Vietnam bajo las garantías de las grandes potencias.

«Si fuera posible acabar con la guerra de Vietnam sobre la base de un acuerdo para la neutralización del Sudeste asiático, sería posible entonces concentrarse, con una perspectiva real de éxito, en la larga y difícil tarea de introducir alguna confianza en las relaciones entre China y Occidente, de reparar los estragos de la historia y de situar a la gran nación china dentro de su propio papel como miembro respetado de la comunidad internacional.».

(Fotos EUROPA PRESS)